



Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

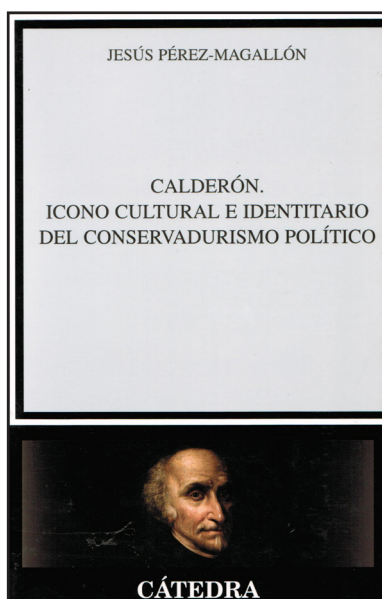
Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 18 (2012)

LECTURAS DE CALDERÓN DE LA BARCA: SIGLOS XVIII, XIX Y XX

Jesús PÉREZ MAGALLÓN (2010), *Calderón, icono cultural e identitario del conservadurismo político*, Madrid, Cátedra, 372 pp.

Marta MANRIQUE GÓMEZ (2011), *La recepción de Calderón en el siglo XIX*, Madrid - Frankfurt am Main, Universidad de Navarra - Iberomericana-Vervuert, 251 pp.



La impronta de Calderón de la Barca en la cultura española del xix ha sido significativamente importante, y por motivos muy diversos: desde cuestiones puramente filológicas y literarias, hasta tal punto que ha podido eclipsar al autor del *Arte nuevo de hacer comedias*, Lope de Vega, y entronizarse junto a Cervantes en el epicentro de la cultura literaria española del Siglo de Oro, desde la mirada decimonónica. También, para este siglo xix, su obra y su figura ha concitado problemas relativos a sus complejas y penetrantes significaciones ideológicas, primero de la mano de los padres de Fernán Caballero, el matrimonio Böhl de Faber hasta el discurso *carpetoverónico* de don Marcelino Menéndez Pelayo, que lo colocaba como paradigma de la España ultra-católica y ultraconservadora de la que el polígrafo santanderino se había

convertido en su paladín intelectual en la España del último tercio del xix.

Los respectivos libros de Jesús Pérez-Magallón y Marta Manríque Gómez tienen como objetivo, precisamente, realizar varios análisis sobre este proceso de canonización cultural y filológica en torno al autor del *Alcalde de Zalamea*, desde una perspectiva socio-cultural e ideológica, dentro del discurso de «construcción nacional» que sacude el pensamiento filológico y literario de la centuria decimonónica.

El primer volumen —*Calderón, icono cultural e identitario del conservadurismo político*—, sobre la base de algunos trabajos ya publicados en revistas académicas y que ahora se presentan de manera orgánica y completamente actualizados— nos ofrece un análisis histórico-literario sobre la evolución del discurso calderoniano desde las relecturas de Guerra y Bances Candamo y los «novatores», inmediatamente posteriores a la muerte del dramaturgo, hasta la apropiación —ya en el xx— por parte del Teatro de Falange, los Festivales de España y la relectura de Luis Escobar. El volumen consta de un esclarecedor estudio introductorio y nueve capítulos, que se acompaña de una extensa bibliografía complementaria (23 páginas).

El recorrido que nos propone Pérez-Magallón resulta muy ambicioso y no sólo por razones cronológicas —que también—, sino por la extraordinaria complejidad de dicha construcción cultural y sus fuertes implicaciones socio-políticas en los siglos xix y el xx. De entrada, ya conviene subrayar que el propósito de esta monografía se cumple con creces, pues cada capítulo del libro —algunos, pequeñas monografías en sí mismos— arroja mucha luz sobre las diferentes circunstancias, elementos y fuerzas que operan en torno a la figura y la obra de Calderón de la Barca en su larga relectura por estas dos centurias, en las que se consolida el canon oficial de la cultura y la literatura españolas, tal y como las conocemos en la actualidad.

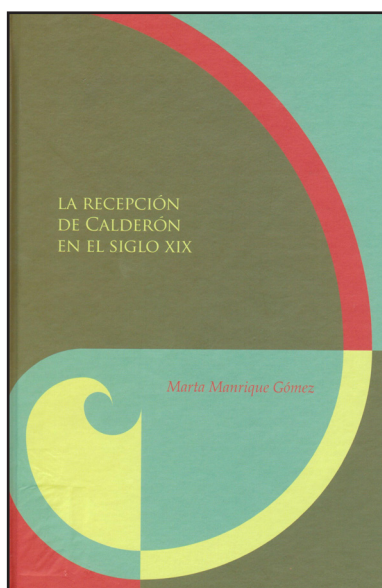
Nos encontrábamos ante un problema de profundo calado y significado, pues la misma historia de España durante estos dos siglos si se ha caracterizado por algo ha sido por la continua oposición entre los sectores más avanzados del pensamiento político y su antítesis ultraconservadora, dentro de una peligrosa dialéctica ideológica que, al igual que el devenir de los hechos históricos, va a servir ahora como elemento articulador del

organigrama interno de este importante libro sobre el imaginario en torno a Calderón de la Barca.

El repaso historiográfico del problema que nos ofrece el profesor Pérez-Magallón, más allá de los datos que le sirven de soporte académico, interesa para desentrañar cómo se ha ido construyendo un conflictivo imaginario en torno al autor de *La vida es sueño*, de manera bastante independiente de sus calidades literarias y filológicas —aunque éstas sí se utilizan como pruebas de descargo a su favor—, de acuerdo siempre con circunstancias y elementos completamente ajenos a su obra pero que sin embargo, debido precisamente a estas lecturas interesadas, se han ido incorporando a su discurso de tal manera que resulta muy difícil diseccionar lo que en realidad sí hay en su obra y pensamiento teatrales, y lo que resulta de estos importantes añadidos, desde su temprana canonización —poco después de su muerte—, su difícil ubicación en los repertorios del teatro de la Ilustración de acuerdo con el reformador ideario clasicista, hasta su institucionalización crítica en la lectura tremendamente sesgada de Menéndez Pelayo. Un completo recorrido donde no falta su entronización ideológica dentro del Romanticismo español a partir de la *querella calderoniana* de fuertes ecos políticos anticonstitucionales o la lectura más «híbrida», más moderna, de un Larra, por ejemplo. El libro se cierra con un completo capítulo dedicado a la lectura calderoniana durante los años del franquismo, que sirve a modo de conclusión del discurso sobre el que se mueve el autor, y que no es otro que el de establecer, sobre la base de una historia de las ideas, cómo el teatro calderoniano se ajusta a la dialéctica «modernidad versus reacción» que se aplica a la historia de España, su pensamiento y su literatura a partir de la controvertida Ilustración española.

Una oposición de fuerzas —la primera lectura crítica del Barroco se ofrece en la Ilustración— que va articular el pensamiento político español, así como el proceso de construcción nacional que sacude, en numerosas ocasiones de manera muy violenta, el siglo diecinueve. La tesis del libro parte pues —y esto es algo que queda muy bien definido en los primeros capítulos— de una concepción del universo calderoniano como correlato más o menos asequible de la mentalidad abierta del Barroco, pues dicho movimiento artístico y cultural no se presenta como una «unidad homogénea y cerrada (sea por medio de criterios estilísticos o por medio de visiones culturalistas)» (p. 15), sino todo lo contrario, se presenta como «una pluralidad discursiva». Un problema que ya se plantea desde los postulados de la Ilustración como algo completamente inviable, inconcebible para una mentalidad unitaria, como la derivada de la Ilustración, en la que el escritor y su obra debían responder a una única idea, a un único registro, de tal suerte, por ejemplo, que un autor como es el caso de Calderón de la Barca quedaría invalidado precisamente por la variedad de registros serios y cómicos que se podían percibir en su obra, en este caso teatral. Así, desde la mentalidad ilustrada dicha «heterogeneidad» se observa siempre —Calderón no es el único caso— como «error moral» y, por tanto, como anti-modelo. Desde este supuesto, el Barroco quedaba, pues, eliminado automáticamente del discurso de la modernidad, y, por tanto, debía perpanecer recluido en los terrenos de lo «anti-moderno».

A partir de datos y lecturas, Pérez-Magallón elabora una interesante hipótesis sobre cómo se asocia esta mentalidad barroca al sur católico de Europa, cómo se crea una peligrosa oposición entre la cultura central europea —liderada por la crítica alemana— y las periferias, donde se encuentra la cultura y literatura española, y donde como muestra de esta construcción cultural se coloca la figura y la obra de Calderón de la Barca, en tanto en cuanto correlato simbólico de la anti-modernidad, frente a una cultura de la Ilustración, vinculada por esta asociación de intereses geopolíticos al norte. En este sentido, el Barroco se construye a partir de consideraciones *a posteriori* de sí mismo que sirven para legitimar la hegemonía cultural de la Europa central y sus estados modernos, frente a



una periferia «antigua» y «arcaica», en cuyo epicentro se localizaba la nación española, cuya imagen fuera de nuestras fronteras se encontraba lastrada por la decadencia y el nocivo impacto exterior de la Leyenda Negra.

Pero esta construcción cultural y nacional significada en el Barroco para lo que sirve es, precisamente, para la caracterización total de la cultura española que, de esta manera, mantenía la reputación de su pasado político, cultural, social y literario —y Calderón como paradigma de su representación—, pero resultaba completamente fuera de lugar en el presente —la Ilustración—. Desde esta perspectiva, pues, la nación española se contemplaba como una especie de «enemigo vencido», que debía reconstruir su «identidad moderna» —el Roman-

ticismo— a partir de lo que antes había constituido los fundamentos de su prestigio: su pasado legendario, la caballería medieval, pero también, irónicamente, el poder despótico, la Inquisición, la intransigencia religiosa, los problemas étnicos. En este sentido, los dramas, las comedias y los autos sacramentales de Calderón de la Barca —que ya se habían prohibido en el XVIII— venían a ofrecernos ese testimonio, ese soporte documental, en el que sustentar esta «nueva» relectura del pasado, en un juego de oposiciones y contrarios, cuya dialéctica viene a coincidir también con el proceso de superación del debate calderoniano, que desemboca —precisamente— en la transformación del autor como mito nacional, y la consecuente apropiación del mismo por parte de los sectores más conservadores del pensamiento y la política, frente a los grupos liberales, muchos de ellos afincados en los diferentes exilios que sacuden la centuria decimonónica, que tendrán en Lope de Vega un referente mucho más próximo.

Esto es lo que nos narra el profesor Pérez-Magallón a través de los nueve capítulos que componen la monografía, y que recorren desde los años inmediatamente posteriores a su muerte hasta la reutilización franquista, tanto en el mundo académico como en el terreno artístico a través de los «nacionales» Festivales de España, sin desatender tampoco las obras lecturas progresistas del mito, como por ejemplo los fallidos intentos de la Generación del 27, que nunca terminaron de cristalizar, pues era demasiado el peso del Calderón tradicionalista que había terminado de construir la ortodoxia de don Marcelino Menéndez Pelayo, lo que impedía cualquier otra posibilidad para el autor de *La vida es sueño*.

El segundo de los libros, *La recepción de Calderón en el siglo XIX*, de la profesora Marta Manrique Gómez, como su título bien subraya, se centra en las lecturas que de Calderón se realizan desde los orígenes del Romanticismo hasta las de Valera y Menéndez Pelayo, ya a finales de la centuria. Se trata de un minucioso recorrido cronológico por los diferentes momentos que atraviesa la figura del dramaturgo, en las distintas etapas o periodos culturales del siglo. Al igual que la monografía anterior, se parte del problema de la concepción de la identidad nacional hispánica y el valor que, en este sentido, adquiere la obra calderoniana. Así, en el capítulo primero, se aborda la cuestión de la *querella calderoniana*,

y se actualizan los trabajos e interpretaciones al respecto de Pitollet, Carnero y Tully, que ahora se ponen en relación con sus antecedentes dieciochescos en el debate sobre la identidad nacional y la obra de Calderón. Este último apartado constituye una aportación original al problema, pues pone en relación las ideas de los padres de Fernán Caballero con la polémica teatral de la Ilustración, de alto contenido político e ideológico, además de cultural. A continuación se detiene la autora en los años de la Década Ominosa: 1823-1833, en los que se difunde todo el entramado, la argumentación y conceptualización de los años anteriores a través de la prensa y la obra filológica de Agustín Durán y Alberto Lista, para pasar ya en el capítulo cuatro a los años finales de la década absolutista, donde se analizan los ecos calderonianos a través de la *Revista española*, *La Abeja*, los *No me olvides* y el *Eco del Comercio*. En último lugar, y como resultado de esta trayectoria, se centra en la recapitulación que nos ofrecen Menéndez Pelayo y Valera, donde se realiza una «apropiación conservadora de Calderón», en una nueva relectura que recoge el testigo ampliado de los Böhl de Faber, pero ahora con un sentido político y cultural que trascendía la mera polémica romántica, para centrarse en el debate sobre las esencias patrias en la construcción de la identidad nacional, una de cuyas manifestaciones más importantes constituía el teatro de Calderón de la Barca, como soporte de un pensamiento y unas costumbres que, desde la mirada del polígrafo santanderino, se podían observar en los dramas y comedias del autor del *Alcalde de Zalamea*.

El volumen finaliza con un sintético apartado de conclusiones y una bibliografía en la que no faltan los títulos y las referencias más importantes sobre este problema.

La investigación de Manrique Gómez venía a indagar y rastrear de manera bastante detallada y minuciosa algunas de las sugerencias del libro de Pérez-Magallón. Resultaba un excelente complemento lleno de datos, referencias y fuentes primarias que venían a subrayar la trascendencia y la importancia del discurso calderoniano a lo largo de todo el siglo XIX como uno de los continuos culturales más intensos, como una especie de motivo literario de amplias implicaciones en los ámbitos políticos, culturales, sociales e ideológicos de la centuria decimonónica. El resultado último de ambos libros no es sino una excelente y esclarecedora nueva lectura sobre las lecturas más tradiciones de Calderón de la Barca y tu teatro.

Alberto ROMERO FERRER